



• CA  
PÍ  
TU  
10 x  
2

*En el que Megan apenas logra  
una victoria pírrica*

**N**o hay nada más reconfortante que el cálido aroma de un caballo, especialmente el de tu propio caballo, el que te ama incondicionalmente y el que te permitirá colgarte alrededor de su cuello sin quejas. Mientras enterraba mi rostro en el pelaje de Banjo e inhalaba profundamente, mi respiración descendió de un intenso sollozo a una congoja aceptable. Recomiendo hacer esto cuando tu vida está hecha trizas.

Me dirigí al establo para esconderme y pensar. Era sábado, así que Silvio y los otros empleados de la hacienda no se encontrarían, y yo estaría a solas con mi amigo Banjo y otra docena de caballos.

A pesar de que la idea me quemaba en la cabeza y nunca lo admitiría, mamá tenía razón acerca de lo del equipo nacional. Era probable que ese barco ya hubiera zarpado. Si no integras el equipo Sub-20, tus posibilidades de ingresar

al equipo Sub-23 son prácticamente nulas, y si no estás en ese equipo, bueno... demás está decir que puedes olvidarte de jugar en las ligas mayores. Lo peor de todo era que me había bloqueado en la prueba regional y nunca les mostré a los entrenadores mis mejores cosas. Claro que las otras chicas eran buenas, pero no eran mejores que yo. Ni siquiera sé lo que pasó. Fue un torbellino de mal juicio y errores de novatos, como el que cometí hoy. Anhelé otra oportunidad, y la entrenadora Nash fue mi boleto de lotería; ella fue dos veces Entrenadora del Año de la Asociación Nacional Atlética Universitaria y estaba muy conectada con el equipo nacional. Solo si jugaba como una estrella de rock en esta temporada, tal vez, solo tal vez, tendría otra oportunidad el próximo verano. Los días como hoy no ayudaron, ¿y ahora mamá quería que me fuera por una temporada entera? *¿Me conoce realmente?*, me pregunté, no por primera vez.

Irónicamente, las probabilidades de formar parte del actual equipo femenino, el que juega en la Copa Mundial y los Juegos Olímpicos, eran las mismas que las de ser seleccionada como debutante de Bluebonnet: nulas. Veintitrés mujeres de todo el país están en el equipo nacional en cada momento, y solo hay siete u ocho debutantes de Bluebonnet al año.

No puedes *pedir* que te inviten. No puedes comprar tu ingreso. Te *selecciona* un club secreto de hombres muy ricos e influyentes que valoran la tradición por encima de todo. Así que si tu madre debutó, tienes una ventaja. Una tía

puede ayudar; una abuela también. Julia y yo éramos todo un legado.

Cuando la abuela Rose Alice murió hace algunos años, el titular de su obituario en *The Dallas Morning News* comenzaba con su selección como Debutante de Bluebonnet en 1964. Todo lo demás acerca de su vida (padres, colegio, esposo, hijos, organizaciones benéficas y clubes sociales) venía después. El tema de nuestro debut se inició en el kínder, pero hasta la tormenta de hoy pensaba que habíamos acordado que Julia lo haría, y yo no.

A través de mi sollozo, oí el *clack-clack* del motor diesel, la puerta del conductor cerrándose y luego el cierre del granero. Me escondí detrás del cuello de Banjo cuando el crujido silencioso de los pasos sobre la paja se hizo más cercano. Mucho antes de oír su voz supe que era papá.

—Tenía ganas de dar una vuelta. ¿Quieres venir? —su voz era perfectamente hermética.

—Supongo —respondí en voz baja, tratando de no mostrar lo mucho que había estado llorando.

Mientras papá ensillaba a Jasper y yo terminaba de preparar a Banjo, se oía el crujido de las mantas y del cuero, un resoplido ocasional y el sonido de cascos, pero ninguno de los dos habló. Antes de montar, papá tomó su escopeta de la camioneta, revisó la carga y la deslizó en mi funda de la silla de montar. Esta no es mi arma, la mía es una Remington 870 Wingmaster Competition, una verdadera belleza que papá encargó especialmente para mi cumpleaños número

trece. Es una escopeta a pistón de calibre doce con mira en un cañón de cincuenta centímetros y una capacidad de ocho cargas, con su peso equilibrado solo un poco hacia delante para un mejor alcance. La madera es de color cereza oscura, el barril y los accesorios, de acero negro, y tiene la marca de Aberdeen grabada en la culata. Pero la escopeta de papá en la camioneta era por si nos encontrábamos con una serpiente cascabel, así que me sentí halagada de que me dejara usarla.

Salimos del establo, cabalgamos más allá del corral y alcanzamos la primera colina. Papá siempre se detenía allí para echar un vistazo, y me detuve a su lado.

—Es hermoso —dijo, al cabo de un momento.

—Sí —respondí. Y lo era.

Los McKnight han estado criando ganado en Aberdeen desde 1873, el año en que mi tatarabuelo Angus llegó de Escocia para hacer su camino en América. Angustiado, con el cabello del color de un penique de cobre, Angus solo empacó sus agallas y su coraje cuando partió de Clackmannanshire, y eligió Dallas por casualidad, mientras se encontraba de pie en la estación de tren en St. Louis. Un hombre al que nunca había visto y que jamás volvió a ver le dijo que encontraría buen césped y agua constante allí. A Angus le gustó su parecer, así que compró un ticket y llegó a lo que era un poco más que un cruce de ferrocarril junto a un río fangoso; pero al sur se veían las colinas de fino y alto heno nutrido por copiosos arroyos, y Angus se deshizo de sus ahorros de toda una vida por ochenta hectáreas, un novillo y cuatro novillas.

Aquellas ochenta hectáreas eran mil seiscientas ahora, y mil cabezas, que vagaban a través del exuberante césped, los cedros, robles vivos y arroyos gorjeando debajo de nosotros. Mientras observaba a mi papá, con la mano en su caballo, la mirada fija en una interminable pradera salpicada de vacas que llevaban la marca original AR (Aberdeen Ranch), el tiempo se detuvo y podría haber sido el viejo Angus sentado a mi lado. Esa tierra, la tierra que nunca cambia, creó una conexión profunda y primitiva. Para papá y cada McKnight antes de él, la ganadería no era un trabajo, era una vocación.

—¡Arre! —papá le indicó a Jasper que avanzara, y lo dejó que lo hiciera a su antojo. El caballo rompió en galope, y Banjo instintivamente lo siguió; pronto estábamos al trote, el terreno desdibujado debajo de nosotros y ninguna razón o capacidad de hablar por encima de los ruidosos cascos. Saltamos zanjas, nos inclinamos debajo de las ramas de los árboles y nos zambullimos en los montes, deteniéndonos solo cuando llegamos al límite occidental.

Allí terminaba la interminable pradera. Más allá de nuestra cerca estaba El Dorado, un trabajado complejo repleto de casas de estilo español pegadas como latas de frijoles en una estantería. Las calles con sus nombres pintorescos en español (Avenida de las Flores, Lomo Alto y El Camino Real) evocaron la larga historia de las tierras como haciendas ganaderas, pero el bulevar principal y las calles laterales, una vez adoquinadas, eran ahora asfalto negro

tan suave como una mesa de billar. La urbanización tenía absolutamente todo lo que se necesitaba para olvidar el pasado y abrazar el futuro: aceras de concreto brillantemente iluminadas; hidrantes para incendio obligatorios, que vigilan los desagües pluviales; líneas eléctricas y cable de fibra óptica; parques infantiles; un gimnasio; una zona de picnic con parrillas de gas ("Traiga su propio tanque de propano y simplemente conéctelo"). Había un parque acuático con una piscina de entrenamiento, una piscina para niños y un sector de recreación con fuentes de agua. Y la telaraña de senderos polvorrientos utilizados por las vacas durante un siglo era ahora una red de caminos pavimentados y sendas para bicicletas con bancos estratégicamente colocados debajo de robles traídos de una granja de árboles.

Les dimos de beber a los caballos en un riachuelo y recuperamos el aliento. Una familia de cuatro personas paseaba en bici por el otro lado de la valla; los dos niños pequeños llevaban ruedas de entrenamiento, y toda la familia tenía cascos brillantes y resistentes.

—Buenas —saludó papá en voz baja, e inclinó su sombrero.

—Hola —respondieron—. Un buen día, ¿eh?

—Claro que sí —asintió papá. Los niños lo miraron como si fuera un teléfono antiguo de disco.

Papá inspeccionó las casas a través de la valla.

—Tuve otra llamada el otro día —me dijo después de que hubieran pasado.

—¿Sí? ¿Le has devuelto el llamado?

—No —admitió con timidez.

—¿Lo sabe mamá?

—Todavía no —más de lo mismo.

—Papá —le dije, un poco más grave—. ¿Por qué ella quiere vender?

Hizo una pausa antes de responder.

—Es estresante y ella sabe que ya no podemos competir. Durante una década o más, hemos estado apoyando a las vacas, y no al revés —esta era una broma entre mis padres. A medida que la deuda se acumulaba, papá vendía de vez en cuando una pequeña porción de tierra para quedar al día con el banco por un tiempo. Pero él nunca redujo el rebaño, y mamá periódicamente le recordaba la idea poética de que finalmente nos quedaríamos solo con la casa y algunos metros cuadrados... pero con mil vacas.

Miró por encima de la valla.

—Aparte de que no se necesita a un experto en administración de negocios para notar que es mejor invertir en casas que criar ganado en estos días.

—Así que... ¿Es por el dinero?

—Más o menos... Es nuestro futuro, y el tuyo y el de Julia —me miró—. Ella solo supone que si eventualmente vamos a retirarnos, podríamos hacerlo con algunas fichas aún en el tablero.

—¿Empezamos golf? —dije, con un poco de insolencia.

—Podría empezar a beber a tiempo completo.

Volvimos los caballos hacia casa, pero los dejamos caminar.

–¿Vas a llamar al tipo?

–No.

Respiré profundo por la nariz. Exhalé. Respiré nuevamente, olisqueando. Césped de pradera y especies herbáceas principalmente, pero salpicadas con capas de lodo, tan rico como el chocolate suizo. Podía reconocer algo de menta de limón, jacintos silvestres, cuero de la silla de montar y sudor. Todo junto cocinado bajo el sol de Texas, era el pastel de especias de mi infancia. Nada nunca olía mejor.

–Bueno, espero que nunca vendamos –dije.

–Lo sé.

Yo sabía tan bien como papá que los problemas de dinero de los últimos veinte años no eran exactamente lo que mamá había aceptado cuando se casaron, y a él no le molestaba su tranquilidad en lo financiero. Más bien, él sinceramente temía a la vida sin trabajo significativo. Era un ganadero, y era todo lo que sabía. Claro, podría vender Aberdeen, conseguir una bolsa de dinero y comprar una casa en la zona correcta, pero ¿qué diablos haría él todo el día? Papá no era hombre de club de campo; papá era hombre de campo, y siempre lo sería.



Estábamos casi de regreso al establo, y papá aún no había abordado el tema inevitable. Sabía que él no había venido

aquí solo para montar, y cuando nos acercábamos me pregunté cómo se me acercaría. ¿Sería "Aprovecha tus oportunidades" o el más clásico enfoque de "Haz lo que te dicen"?

Pero luego de colgar las sillas de montar, las mantas, los aperos y alimentar a los caballos, se me acercó con el único ataque seguro y sin fallas que nunca pude rechazar.

—Megan, sabes lo mucho que te amo y que soy incapaz de funcionar cuando eres infeliz —comenzó él, de pie junto a la puerta del granero—. Y tengo cierta compasión por la manera descuidada que todo esto te fue lanzado...

Mi corazón se detuvo y me preparé para el impacto.

—Estos últimos años, desde que ustedes se fueron, tu madre y yo... hemos estado, bueno... Digamos que no habrá paz por aquí a menos que tu madre gane esta. Así que te estoy pidiendo, en realidad rogando, como un favor para mí, que hagas esta cosa de debutante.

*Oh Dios, pensé, ¡va a llorar? Oh, por favor, ¡no llores!* De repente me di cuenta de que había más cosas aquí, muchas más.

—¿Es realmente tan importante para ella?

—No tienes ni idea —dijo pateando la tierra con su bota.

—¿Por qué?

—Trata de entender. Ella lo ve... como su derecho de nacimiento. Le preocupa que te hayas encerrado aquí en el campo toda tu vida, lejos de la sociedad tal como es, y te hayas perdido... bueno, no estoy seguro de qué. Pero si no haces esto ahora, nunca habrá otra oportunidad como esta. Y si te importa o no, ella ha puesto mucho empeño, y... no puedes

simplemente arrojárselo a la cara. Simplemente no es la manera de manejar algo como esto.

Busqué una salida, pero no apareció ninguna.

Papá es un tipo duro. No recuerdo que me pidiera nada. Y ahora me rogaba que hiciera algo que sabía que yo detestaba como un favor personal, hacer algo por la familia. Me di cuenta entonces de que estaba desesperado como nunca antes lo había estado, y que su explicación de "no habrá paz" no era más que la punta de un enorme iceberg de enredados acuerdos que probablemente cubrieran toda la vida matrimonial de mis padres.

Resignada, jugué mi única carta restante.

—No voy a renunciar al fútbol, papá. Solo me queda un año más —le di mi mirada súper seria de "no puedes pedirme eso"—. Puedo hacer ambos. Solo tendré que trabajar más.

—Eso parece justo —asintió, y me oí exhalar. No me había dado cuenta de que había estado conteniendo mi aliento—. Le ofreceré tus términos a tu madre —me dedicó esa triste sonrisa que tanto amaba.

—Buena suerte —gruñí.

Papá saludó mientras caminaba hacia su camioneta, una Ford F-350 manchada de lodo. Volvió a colocar la escopeta en el estante y, con la puerta entreabierta, miró hacia atrás.

—Ey, gracias —dijo. Directo. Honesto. Ese era papá.

Contuve las lágrimas mientras se alejaba.